



27 de marzo de 2022

IV Domingo de Cuaresma

I. NOTAS EXEGÉTICAS

Primera lectura. Jos 5, 9^a. 10-12. *“El pueblo de Dios celebra la Pascua, después de entrar en la tierra prometida”.*

Los cuarenta años de travesía por el desierto (éxodo) llevaron al pueblo de Dios a una purificación y a un encuentro con el único y verdadero Dios. Ya en la tierra prometida, los hijos de Israel celebran la Pascua y con ella el cumplimiento por parte de Dios de las promesas realizadas a sus antepasados.

La tierra deja de producir el maná (pan del desierto, signo de la purificación) y el pueblo comienza a alimentarse de los productos de la tierra signo de la libertad que se ha conseguido. La terminación del pan del desierto y la Pascua simbolizan una vida nueva que el pueblo de Dios ha conseguido gracias a la adhesión al Dios único, el de los antepasados y el de la historia.

Salmo. 33, 2-3. 4-5. 6-7. *“Gusten y vean que bueno es el Señor”.*

El salmo 33 es un canto de acción de gracias a Dios. Son muchos los beneficios que el salmista ha recibido del Señor y se ve en la necesidad de agradecerse. En las pruebas de la vida ha visto la mano bondadosa de Dios, su fidelidad y su solicitud, y ahora quiere

tributar en un canto la bendición y la alabanza al Dios providente de Israel. Por medio de este canto el salmista invita a los pobres -“los anawim”- a escuchar su testimonio, a alegrarse, a unirse a su alabanza y a vivir esa misma experiencia que revela la providencia y la cercanía de Dios.

Segunda lectura. 2 Cor 5,17-21. *“Dios por medio de Cristo, nos reconcilió consigo”.*

Después de dejar claro e insistir en el valor del misterio de Cristo y de su cruz, el apóstol Pablo invita a los ministros de la comunidad de Corinto a identificarse con el Señor en una adhesión plena a Él. Quien está adherido a Él, dice el apóstol, es una nueva creación (ha hecho un éxodo, ha pasado de lo antiguo a lo nuevo).

Pablo destaca el valor y la importancia de los ministros como ministros de la reconciliación, reconciliados con el Padre por Cristo mismo y llamados a comunicar el mensaje de la reconciliación, único camino que conduce a la nueva vida. Proclama, además, que la reconciliación con Dios tiene en Él su iniciativa ya que no se reservó ni a su propio Hijo, sino que lo hizo pecado por nosotros para que recibamos su justicia.

Evangelio. Lc 15, 1-3. 11-32. *“Este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido”.*

La más hermosa de las parábolas, que refleja el corazón del Padre, está dirigida a cuatro grupos de personas: publicanos y pecadores (los malos) escribas y fariseos (los buenos), unos y otros con una imagen distorsionada del Padre; y el objetivo de Jesús al pronunciar la parábola es que ellos mismos descubran una imagen diferente de Dios.

Para revelar la mejor imagen de Dios, el Señor Jesús no recurre a la discusión con los escribas y fariseos; él se vale de una parábola que al final deja al oyente para que saque sus propias conclusiones. Quedará siempre en el fondo las preguntas ¿Cuál es la imagen que tengo de Dios? ¿Cuál es la manera que tengo para relacionarme con Él?

El hijo menor tiene una imagen distorsionada del Padre, lo ve como el dueño de casa y como el jefe de su trabajo. Para este hijo el padre es un antagonista de la libertad que no le permite hacer lo que él considera bueno, y por esto toma la decisión de irse de su lado.

El libro del Deuteronomio (cap 21) dispone que la herencia que le corresponde al hijo menor es una tercera parte, mientras que al primogénito le corresponde dos terceras partes. Pedir la herencia en vida equivale a decirle al padre: “Tú para mí estás muerto y

sepultado”, “no quiero tener nada que ver contigo”, “si tú existes yo no soy libre para hacer todo lo que yo quiero.” El joven se va tras sus propios ídolos y estos rápidamente lo abandonan y le hacen caer en desgracia, todos le dan la espalda y siente hambre. Pero, ante las posibilidades, decide regresar a la casa del padre.

Los rasgos del rostro del Dios de Jesús de Nazaret son reflejados nítidamente en la reacción que tiene el padre al retorno del hijo y que sintetizamos en cinco verbos:

- Ver: se trata de la mirada que ha tenido el padre a lo lejos, en la dirección por donde vio marchar a su hijo, y que no se desvió nunca en la espera paciente de su regreso.
- Se conmovió: hace referencia a la misericordia, lo que siente Dios en lo profundo de sus entrañas (imagen femenina de Dios que encontramos en diferentes textos del Antiguo Testamento) y que es lo que siente por nosotros, sus hijos.
- Correr: no es este un gesto de un Dueño o Señor, el dueño manda a otros que corran. Aquí el padre actúa escuchando el corazón.
- Se arroja sobre su cuello: la alegría y la emoción le llevan a expresar lo más profundo de sus sentimientos: el amor total que siente por su hijo.
- No dejaba de besarlo: no quiere escuchar que le pida excusas, pues su regreso es ya expresión de su arrepentimiento.

Los cuatro gestos que realiza el padre con el hijo que regresa representan, además, la dignidad devuelta al hijo y la posibilidad de recobrarla sólo al lado del padre 1. Pónganle el mejor vestido, 2. Pónganle un anillo en su dedo, 3. Pónganle sandalias en los pies 4. Hagamos fiesta.

La segunda parte de la parábola, en la persona del hijo mayor, nos deja claro a quienes va dirigida. Los escribas y fariseos han cumplido siempre la Torá, los mandamientos, y han estado siempre en la casa del padre, pero se han sentido siempre como empleados, asalariados que recibirán su paga al final de la jornada. En ese sentido, tampoco el hijo mayor ha reconocido el rostro verdadero del padre, por lo que siente envidia de su hermano y ni siquiera lo reconoce como tal.

La actitud de los dos hijos revela que, aunque han vivido con el padre, no han reconocido su rostro misericordioso y amable, por lo que el padre, con sus gestos y palabras, los llama a renovar su mirada y su vida en él en la fiesta que ha preparado, que, para nosotros hoy, es la fiesta de la Pascua.

II. PISTAS HOMILÉTICAS

El tema de la Vida Nueva lo encontramos recurrente en las lecturas de este domingo. El Pueblo de Dios celebra la Nueva vida ya no con ázimos sino con los productos que comen de la tierra prometida. El apóstol Pablo nos invita a la reconciliación para tener vida nueva en Cristo, el Señor. El hijo pródigo encuentra la posibilidad de una nueva vida al regresar a la casa del Padre. Justamente, la Pascua que celebraremos los cristianos es una oportunidad para entrar en la vida nueva de los Hijos de Dios.

Durante muchos años hemos recibido una catequesis equivocada en la que se nos ha mostrado a Dios como un dueño o jefe que nos pagará según nuestros actos: si hacemos méritos nos premiará, pero si trasgredimos sus mandamientos nos castigará.

Todavía no hemos comprendido que el rostro de Dios no es el de los escribas y fariseos sino el de Jesús de Nazaret, aquel que perdona siempre, que ama de manera incondicional. El amor del padre es aquel que llama a levantarse para retomar el camino hacia él, para abandonarse en sus brazos, con una fe absoluta, para acoger su amor y entrar en su gozo.

La imagen de Dios que tienen los escribas y fariseos es una imagen falsa, incapaz de entender a Dios como padre, un padre que ama gratuitamente a buenos y malos y que hace fiesta por aquel que se convierte.

En el bautismo nos vistieron con el vestido blanco signo de la reconciliación con Dios y de la vida nueva en Cristo Jesús. Vestidos así podremos celebrar la fiesta de la alegría, la Pascua de los hijos que retornan a la casa del Padre y renuevan su fe en él.

Monición inicial

Nos reunimos, hermanos, para celebrar la santa Misa en este camino cuaresmal que iniciamos hace un tiempo.

Mientras caminamos hacia la Pascua Cristo nos alimenta con la Palabra y la Eucaristía, alimentos espirituales que van disponiendo nuestros corazones para unirnos más plenamente al misterio de la pasión, muerte y resurrección, por el cual hemos sido salvados.

Celebremos con fe.

Monición a las lecturas

Las lecturas que escucharemos proclaman el llamado que Dios nos hace a disponer los corazones para celebrar la Pascua como acontecimiento que renueva la vida y nos hace pasar de la esclavitud a la libertad, de la muerte a la vida, por la reconciliación que Cristo alcanzó para nosotros. escuchemos.

Oración de fieles

Ministro: Con la confianza puesta en el Señor que fija su mirada en los hijos que regresan arrepentidos, dirijamos nuestras súplicas a Él, diciendo:

Ten misericordia de nosotros, Señor.

1. Oremos por la Iglesia para que alentada por la fuerza del Espíritu se mantenga en el camino de conversión, dispuesta a morir al pecado, para participar de la vida nueva en Cristo.
2. Oremos por los gobernantes para que dirijan las naciones, libres de la soberbia y de la lujuria que corrompe los corazones y nos hacen vivir según los deseos del mundo.
3. Oremos por el conflicto entre Ucrania y Rusia y por todos los que sufren violencia y desprecio en el mundo, para que abran sus corazones al amor de Dios que llama a amarlo a Él y al prójimo.
4. Oremos por los niños que, en distintas circunstancias, han perdido la vida en estos días, para que Dios los acoja con amor en el cielo y transmita consuelo a sus familias.
5. Oremos por la Arquidiócesis de Bogotá para que, como comunidad diocesana de fe, responda a la violencia con actos de misericordia y de fraternidad.
6. Oremos por nosotros que continuamos este rumbo espiritual hacia la pascua, para que lo realicemos al ritmo de Jesús que revela el rostro misericordioso del Padre, que se alegra por el retorno de sus hijos.

Ministro: atiende, Padre de amor y de misericordia, las súplicas que te hemos presentado y haznos partícipes de la fiesta de la Pascua que has preparado para tus hijos. Por Jesucristo, nuestro Señor.